

**maghenta**  
EDITORIAL

Patadas al aire

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición

© Patricia Lorente, 2007.

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. +34 976 106 300  
Fax +34 976 106 301

Depósito Legal: =====

I.S.B.N.: =====

Impreso en Zaragoza, España.

=====

# Patadas al aire

PATRICIA LORENTE

**maghenta**  
EDITORIAL

*A Catherine, a Sebas y a Tito;*

*a Kitty y a Mercy dondequiera que estén,*

*Y a muchas otras personas importantes  
que se cruzaron en mi camino en el momento exacto,  
convirtiéndose en parte de mí y determinándome para siempre.*

*A Pepito Quesada.*

*A mi abuela Emilia.*

## **Libro I**

Jara no podía continuar así por más tiempo: hoy me lanzo, mañana me olvido. Debía decidir entre convertirse en alguien grande o pasar el resto de su vida como uno más. Había llegado a la conclusión de que podía elegirlo, pero también era seguro que nadie iba a regalarle nada. Y no era cuestión de alcanzar fama, era cuestión de lograr que cientos, miles, millones de personas fuesen encandiladas con uno de sus libros.

Salió a pasear para pensar detenidamente en todo aquello. Algo tenía que fallar para que llevase tanto tiempo sin escribir una sola línea que sirviese para algo más que para rellenar un espacio en blanco. Antes podía escribir maravillas casi sin pensar. Pero en los últimos meses sólo había conseguido comenzar un montón de historias sabiendo de antemano que ninguna de ellas desembocaría en nada bueno. Antes dedicaba más tiempo a escribir, se enamoraba de los personajes, les hacía compañía durante unas horas al día, y soñaba con ellos hasta que llegaba el día siguiente para prestarles un rato más. Pero ahora sentía que se había quedado sin materia prima, y no podía evitar empezar de la misma forma las historias: un escritor/a que no podía continuar con uno de sus libros porque estaba bloqueado. ¡Pero Jara! ¿Desde cuándo se dejaba ver tan claramente? Siempre había detestado que algún listillo que la conocía más o menos, le soltase alguna frase del tipo: “Margot tiene tu carácter”, o “la historia del chico del bar me suena”, acompañado de miradas con ironía o demasiado sabihondas. Nada de eso. Margot no tenía nada de ella. Qué más quisiera. Y la historia del chico del bar... ¿a quién no le ha ocurrido algo parecido alguna vez? La gente se aburre. Lo importante era concentrarse en el libro, pero no les bastaba con eso, y tenían que andar mezclando el tocino con la velocidad y confundiéndola a una...

Jara andaba por la calle sin concentrarse en por dónde pasaba. Ni siquiera había reparado en el aspecto que tenía, que por cierto, era terrible. Era incapaz de estar “bella como una estrella”, como diría Luisa, las 24 horas que duraba el día. Para Luisa, aquella frase, la de bella y estrella, eran como un padrenuestro muy riguroso que debía recitarse por dentro y tener presente a todas horas. Luisa siempre decía que una nunca sabe cuándo va a aparecer la oportunidad de su vida, y que por eso mismo no hay que descuidarse ni para ir al cuarto de baño. “A veces, algún tío se cuele sin querer en el de chicas, y quién sabe...” También solía decirle cosas como: “Imagina que el butanero es un Brad Pitt”. O “imagina que en la cola del súper un director de cine se fija en ti para su próxima peli”. O “imagina que tu madre no hubiera sido todo lo coqueta que eran las mujeres en esa época, tu padre se hubiera casado con otra”, esos eran los ejemplos más típicos de Luisa. “Lo cierto es que papá conoció a mamá porque fue a curarle una gripe a casa cuando tenía más de cuarenta de fiebre, y no se había duchado en unos tres días. Sin embargo le gustó. Porque vio los libros que leía junto a su cama. Y a mi padre también le gusta Edgar Allan Poe. Y Washington Irving. Y aun así... mi madre nunca ha sido de las que se arreglan mucho. Le basta poco para ser una mujer elegante: sin maquillajes, sin tintes en el pelo. Yo tampoco he sabido nunca hacerlo bien, a pesar de que no me importaría nada ir como Luisa a todas horas.” Luisa era una chica encantadora y una amiga ejemplar. Pero vivía muy lejos. Qué rabia le daba haberla descubierto tan tarde, con lo buenas amigas que se hubieran hecho de haberse conocido de pequeñas.

—Jara —Escuchó una voz a su lado. Con lo que deseaba estar sola. Cuando uno busca esto, siempre aparece alguien. Miró hacia la persona que acababa de pronunciar su nombre, y no podía creerlo:

—Angelines... —Esto sí que era una sorpresa. Más de...— ¿Ocho años? —preguntó a la vez que se medio reían y se besaban.

—Lo menos, hija, el tiempo vuela. —El aspecto de Angelines había cambiado formidablemente, pero sin duda era la misma persona. Sólo reflejado en los demás, Jara se daba cuenta de que el tiempo vuela.

—¿Sigues viviendo por aquí?

—No... bueno, sí, llevo unos meses ya aquí. Estuve fuera.

—¿Fuera de España? –le preguntó Angelines dándole emoción.

—No, no –mintió Jara, no había sido capaz de dar explicaciones a nadie desde que había llegado, tampoco sabía cómo explicar su presente parado y vacío—. Quiero decir fuera de Madrid. Mi padre murió hace unos meses, y mi madre está viviendo en el chalet de la sierra, con mi hermana. Me vine aquí para no dejar que a la casa se la coman los ratones –Angelines escuchaba con atención.

—Bien... tu casa era muy grande y muy bonita, y con un patio enorme.

—Y piscina –Puntualizó sonriente Jara.

—Es verdad, anda que no nos bañábamos –Angelines recordaba como si despertase de un sueño—. Oye, siento lo de tu padre.

—Gracias. Ya sabes que era mayor.

—Sí, lo recuerdo.

—El cáncer le devoró en muy poco tiempo.

—Es una enfermedad tan cruel... Recuerdo que era un hombre muy interesado por todo.

—Sí, era participativo –Jara suspiró hondo y quiso dar un giro a la conversación. Pensó que para desbloquearse nada era mejor que olvidarse de todo. Pero de todo lo presente. Y de todo el pasado reciente. Hacer un viaje atrás, o, por qué no, por la vida de su compañera de colegio, era una buena proposición.

La cafetería que había cerca de la plaza (“Cerca de la Plaza” era también su nombre) parecía no haber cambiado ni siquiera el cartel de “abierto”. Angelines y ella habían pasado allí horas enteras en el último curso del colegio, cuando se atrevieron a hacer pellas por primera vez. También estaban los otros tres, y las partidas de mus interminables con una de ellas siempre mirando.

—Y tú qué. ¿Qué es de tu vida? –le preguntó interesada, dándose cuenta de que Angelines, siempre muy reacia a los tintes de pelo, a las

modas, a todo aquello que le encantaba a Luisa, había caído en eso. ¿Sería un paso más hacia la madurez, por el que ella tendría que pasar algún día? Hasta ahora no había hablado demasiado, y Jara era la única que había abierto el pico— ¿Sigues en casa de tus padres?

—¿Yo? —Angelines hizo tiempo— Yo no, no, qué va. Bueno, ahora, ahora, sí, estoy aquí con ellos, pero hacía tiempo que no venía por el barrio.

—Pues qué casualidad.

—¿El qué? —Desde luego, la chica no estaba muy fresca aquella tarde.

—Lo de habernos encontrado, ¿no? —Jara se sentía como una guía de museo. Para hablar con aquella tía, tan sólo una sombra de lo que en días pasados fue la genial Angelines Tabarca, había que andar tirando con una cuerda de su inamovible lengua.

—Sí, sí, una casualidad —Se quedó callada. Jara esperaba que continuase explicando lo que había dejado a medias. En dónde vivía o qué había hecho hasta aquel momento (el momento en el que estaba allí con ella), o hasta que había vuelto a la casa de sus padres.

Pero Angelines siguió fumando, y tomó un sorbo del café que le acababan de servir. Jara decidió no insistir. A ella le daba igual lo que Angelines hubiera estado haciendo los ocho últimos años. Entendía que no quisiese contarle su vida a una tía a la que no veía desde que hicieron selectividad. Ella tampoco iba a contarle la suya. Pero, a grandes rasgos uno podía quedar un poco mejor. Un breve resumen o una pequeña anécdota, aunque fuera inventada, hubieran bastado.

Jara pensó que quizás Angelines fumaba demasiado. Claro, mucha gente le había dicho que fumar le deja a uno atrás, le hace reaccionar tarde y todo eso. A ella los petardos no le habían provocado nada de eso de momento. Aquel día se había fumado uno por la mañana. Debido a la necesidad de escribir, a su falta de ideas y a ese vacío que la llenaba, valga la contradicción, el organismo de aire polvoriento, últimamente el porro se había convertido en un gran amigo (desde que se lo presentasen meses

atrás Luisa y Kenny), al que en realidad consideraba más un placebo que otra cosa. Porque solucionar, no solucionaba mucho. Y gracias a Dios, no se había convertido en una anormal (con perdón de la expresión) como la que tenía delante. Así que pensó en que por el momento, iba a dejar de fumar porquerías. Por si acaso.

Puesto que decidió que no volvería a preguntarle a Angelines por su familia, su carrera, o por sus novios (también decidió que ella tampoco volvería a contestar a ninguna de sus preguntas ni a hacer comentarios de su vida personal), optó por echar mano al pasado. Eso era lo único que tenían en común, y sería bonito recordarlo, así que cortó la apreciación que su vieja amiga estaba haciendo a cerca de que “el café de aquella cafetería sigue sabiendo a mil demonios”

—¿Te acuerdas del Císter? —tardó un poco, pero con razón esta vez, e interesándose, ¡sorprendentemente para Jara!, por el tema, contestó:

—Oh, el Císter. Me había olvidado. Qué locura, ¿eh? Menuda paranoia nos entró. ¿Cómo pudimos estar tanto tiempo confiando en una ouija? —Angelines apagó su cigarro.

—Estábamos enganchadas a esa mierda —Jara se encendió uno, y aspiró largamente—. Totalmente viciadas. Y yo nunca he llegado a saber hasta qué punto era cierto o no.

—¿Verdad? Nos contó cosas que ni nosotras mismas podíamos saber. Era genial. Ahora yo misma le preguntaría un par de cosas si pudiera —A este comentario entre dientes, Jara hizo oídos sordos. Se había dicho a sí misma que no le preguntaría nada del presente, y así sería.

—Nosotros. Éramos nosotros, no nosotras. Cuatro tías y él. ¿No te acuerdas?

—Jeremías —Se hizo un silencio, y a las dos se les iba la mirada hacia los lados. Jara no se fijaba en que Angelines tomaba la misma actitud que ella. Tampoco sabía que, en aquellos tiempos, Jeremías Beltrán se había acostado con las cuatro. Y hubiera sido un buen punto percibir esto porque si lo hubiera sabido, y, además, hubiera indagado un poco,

tendría no sólo uno de los mayores disgustos de su vida, sino que además podía haber escrito una interesante novela en la que el protagonista desvirga a sus cuatro mejores amigas, probablemente estando, o sintiéndose, enamorado de cada una de ellas. O al menos un pequeño relato, narrando algo como lo que el propio Jeremías narró en un viejo cuaderno en el que escribía por aquel entonces, o lo que Susana le escribía a modo de cartas a una prima, o lo que escribieron en forma de apuntes sueltos Angelines y Marieta. Ella sólo había escrito acerca del Císter a modo de diario. Uno podría hacerse idea de cómo fue aquello si cogiese una parte de cada uno de estos escritos, pues resultaría algo como esto:

*En 1991, cuatro niñas “bien” de barrio “bien” y colegio de monjas, decidieron dejar su colegio-cárcel (como lo solían llamar ellas mismas) de monjas, y mover sus bonitos traseros a uno “mucho más progre” y “menos represivo”. Así que se apuntaron a estudiar el COU 91/92 en un colegio de sacerdotes marianistas que brillaba por la casi absoluta ausencia de piernas femeninas caminando por sus pasillos.*

*En diciembre de 1991, un tipo llamado Jeremías (brillante estudiante que a su vez brillaba por su no muy apreciada conducta por parte de algunos, o pongamos, la totalidad del profesorado religioso y laico del centro docente) pasó a formar parte del cuarteto (llamémosle ahora quinteto) como si de una más se tratase, habiéndose ganado la simpatía y la total confianza de cada uno de sus miembros, y convirtiéndose a su vez en la envidia de todo el centro y en concreto de toda la clase de COU “F”. Se trataban, como no podrán imaginar, de las cuatro únicas chicas de la clase, cuatro de las dieciséis que componían la totalidad del curso de COU de seis clases y doscientos cuarenta y tres alumnos.*

*El 7 de diciembre de 1991, Susana se enamora de Jeremías. Por el momento no lo confiesa, y decide mantenerlo en secreto sin siquiera variar su actitud con él, con el fin de no romper la alianza de silencio que se estaba formando entre todos ellos (armonía sin amor). “Pero si esto continúa, lo confesaré a las demás”; he aquí sus pensamientos.*

---

\* Jeremías gozaba de una adorable simpatía y rareza que le hacía irresistible a cualquier ser humano que le conociese (Nota del autor).

*El 8 de diciembre Jara se da cuenta de que le encanta el olor que desprende Jeremías, y que su boca y sus dientes tan blancos le producen una sensación muy sensual y un morbo imparable cada vez que se acuerda de ellos. Así mismo, decide mantener el silencio, pero si puede aumentar (sin que se note) su acercamiento hacia él, mejor. “Cómo me gustaría acostarme con él”, fueron sus pensamientos aquel día.\**

*El 14 de diciembre, tras una accidental entrada en el cuarto de baño donde Jeremías se secaba después de la ducha (por razones que ahora no proceden) en casa de Jara, donde Angelines pudo observar por una décima de segundo parte de un cachete del citado muchacho, esta cayó en la cuenta, como quien recuerda a doscientos kilómetros de casa que se dejó la puerta abierta, de que llevaba tiempo reprimiendo sus sentimientos por Jeremías que, ¡vaya por Dios!, menudo cachete tenía. “Quizás se lo cuente a Marieta”, pensó aquella noche.*

*El 15 de diciembre, a las siete de la mañana, en la misma casa donde encontró a Jeremías con el trasero al aire, en la cual dormían los cinco aquel fin de semana, Angelines se acercó a la cama de su amiga –en la que esta acababa de acostarse tras haber ayudado a Jara a vomitar lo que le quedaba de aquella noche de alcohol y películas serie B en un nuevo canal autonómico llamado Tele Madrid– y le susurró al oído su secreto. Se lo confesó a esta porque siempre había sido la menos desarrollada de las cuatro, la más pequeñita y niña (sin imaginar que precisamente por esto a partir de cierta edad podría estar quitándoles los novios a todas durante el resto de sus días) y porque en el terreno amoroso no suponía ninguna amenaza para ella. A su confesión, Marieta se alarmó pidiéndole que : ni-se-le-ocurriese-estropear-toda-su-amistad (la de los cinco) por-un-estúpido-capricho-sin-sentido. “No, no y no. Ni se te ocurra”, podrían ser, para más exactitud, algunas de las frases que expresó en este discurso. Esto le hizo pensar a Angelines, y terminar por darle la razón a Marieta -quien le prometió no decir nada-, y optó por olvidarse de aquellos pensamientos (que al no ser sólo pensamientos, sino a la vez sentimientos, eran imposibles de olvidar; pero de momento trató de apartarlos).*

*Trece segundos más tarde de su conversación con Angelines, Marieta desnudó en su cabeza, como cada noche, a Jeremías, sintiéndose sucia*

*por hacerlo, como cada noche. Pero es que esta niña estaba también enamorada de él.*

*El 20 de diciembre Susana se queda sola con Jeremías en una clase cerrada por la tarde cumpliendo un castigo por faltas de puntualidad injustificadas, y se comporta como una verdadera zorra (comportamiento nada usual en ella) hasta que consigue un beso de Jeremías y algo de rozamiento.*

*Esa misma noche Jeremías piensa que está enamorado de ella. Es la única pelirroja del grupo, y de todas las chicas del colegio a partir de sexto de EGB. Y besa bien. Además, es su mejor amiga. Junto con las otras tres. Decide que algo hará, pero piensa dejar que todo vaya ocurriendo de forma natural.*

*El 21 de diciembre Jara tiene que irse a París por la noche por razones que no proceden. Se despide de sus cuatro amigos, y Jeremías, que había robado el coche de su madre aquel día, la lleva a casa. Por desgracia para Jara, él va comiendo chicle, y no le queda más remedio que fijarse en sus dientes, y se excita. Al parar frente a su casa (a unos doscientos metros de la puerta del colegio, de donde habían arrancado), se lanza a su boca, y uno a uno, pasa su lengua por cada diente de Jeremías. Jeremías se olvida de Susana y de cómo se llama su propia madre. Meten el coche en el parking gratuito de El Corte Inglés, y se lo montan entre gritos de dolor de Jeremías, que mucho aspecto y mucha apariencia, pero era virgen y tenía fimosis. Ella también es virgen, pero está tan excitada que le parece que ya lo había hecho unas quinientas veces antes. A Jeremías le gusta. Le encanta, y se cuestiona por qué estudiar si existe un empleo llamado “actor porno”. Jara le encanta. Ella tiene el nombre más original del grupo, del curso, y de todas las chicas del colegio a partir de sexto de EGB. Decide que esperará a Jara –sin comentarle nada– hasta que vuelva. De momento, la vuelta a casa (juntos) es tan feliz, distendida y divertida como siempre. La despedida es más triste, y dejan asomar una pizca de amor. Él le muerde el pecho y ella le hace una caricia en aquella parte que antes nunca había tocado, por encima del pantalón, sin darse cuenta de que lo que acaba de tocar es su cartera, que se encuentra en su bolsillo delantero.*

*El 22 de diciembre de 1991 son las vacaciones de Navidad. Y Jeremías y las tres chicas restantes se van a la Plaza Mayor, a la tradicional guerra de espuma. Se divierten y se pillan una buena cogorza. Jeremías y Angelines se pierden entre la gente. Susana no para de pensar en él, y decide contárselo a Marieta. Sin incluir lo del beso. Marieta se marca los mismos consejos que le dio a Angelines en la madrugada del 15, y consigue convencerla de que le olvide, mientras sigue ocultando su verdad.*

*Mientras, entre tanta borrachera, Angelines y Jeremías se enrollan en un callejón del Madrid de los Austrias, y luego van al viaducto y juegan a decir razones por las que se tirarían, entre risas. Una de las veces, Jeremías por poco se tira.*

*El 23 de diciembre ambos se despiertan (cada cual en su casa) con resaca, recuerdan lo que pasó, y lo toman como un accidente a causa del alcohol. Aun así, Angelines bebe los vientos por él. Jeremías recuerda y le gusta. Angelines es la chica con los ojos más bonitos del grupo, de su curso, y de todas las chicas del colegio a partir de sexto de EGB.*

*El 25 de diciembre, Jeremías llama a sus cuatro amigas para felicitarles la Navidad. Marieta es la única que no tiene a la familia en casa, y por circunstancias que no proceden, quedan para ir a dar un paseo. A causa del frío, y puesto que Marieta está sola, suben a su casa con la intención de jugar al tute, ya que al mus no pueden, porque sólo son dos. Marieta en concreto piensa en el “tú-te dejas besar, o en el tú-te desnudas”. Jeremías no piensa en nada de eso. Pero es lo que acaban haciendo. A Jeremías vuelve a dolerle, y piensa seriamente en no retrasar por más tiempo su operación de fimosis. Se despiden con un “Feliz Navidad”. Marieta sólo piensa en cómo ocultar a las demás lo que ha ocurrido. Ella ni siquiera había besado antes en la boca. Nadie hubiera imaginado aquello. Y nadie lo imaginó después.*

*Jeremías volvió a casa con un aire de satisfacción. Marieta le gustaba. Ella era la chica más “pequeña” del grupo, de su curso, y, directamente, ella parecía una chica de sexto de EGB.*

*El 26 de diciembre Jeremías pide hora con el médico para operar su fimosis. Esta noche, se lo monta con sus cuatro amigas en un sueño largo y confuso.*

*El 27 de diciembre se da cuenta de que es en Jara en quien piensa, y en que es la que más le gusta.*

*El 30 de diciembre ha pensado tanto en Jara que está loco por ella.*

*El 4 de enero recibe la visita de Susana en su casa. Los padres de Jeremías no están y Susana consigue montárselo con él. Todo resulta bastante frío y absurdo. Susana sufre un absoluto desencanto y sangra durante horas, más tarde, en su casa; Jeremías ya no le gusta en absoluto.*

*A Jeremías le duele todo, y tiene ya hora para operarse el día 8 de enero. “Mierda”, se dice. “Justo el día en que empiezan las clases. Tendré que esperar para ver a Jara.”*

*El 8 de enero operan a Jeremías y le mandan a casa en el mismo día. Se lo advirtieron: “cuanto más mayor te operes, más te dolerá.” Y así fue.*

*El 9 de enero tiene a sus cuatro amigas en casa para visitarle. Al principio le resulta extraño. Y a cada una en particular. “Si ellas supieran...”, se dice. Pero esa sensación desaparece en seguida, porque todos ríen.*

*El 11 de enero Jara se trae al colegio una ouija que se compró en una tienda de antigüedades de París. Bromean y juegan con ella sin tomarla en serio. Deciden intentarlo al día siguiente, pues la cafetería a la que solían ir a jugar al mus está de obras, y no se les ocurre otra cosa que hacer en sus horas libres o de pellas.*

*El 12 de enero, intentan la primera sesión “en serio” (en realidad ninguno de los cinco se lo toma muy en serio) en la parte vieja de la biblioteca del colegio, donde sólo hay libros polvorientos y ausencia de sonido y luz. La primera letra que aparece es la C. La siguiente letra que aparece es la U. Todos se alteran, todos juran que no mueven nada y todos dicen que les alucina esa fuerza, que la notan. La siguiente letra es la L. Marieta piensa en la palabra CULTO. Jeremías piensa en la palabra CULPABLE y Jara también. Angelines y Susana piensan en la*

*palabra CULO. La siguiente palabra es una O. Todos ríen, pero sólo un poco, porque sienten que el vaso de Bacardí que Jeremías había manguado de un pub, se mueve y nadie lo está empujando. Y a la vez todos sospechan que los otros lo hacen.*

*Jeremías propone seguir porque se han parado. La siguiente letra es la R, la siguiente la U, la otra la I y la otra la Z. "RUIZ". Inmediatamente piensan en Abraham Ruiz, un chaval de su clase al que solían apodar Perro Ruiz, Can Ruiz, Dog Ruiz, Chien Ruiz o Calvi (en árabe, perro) Ruiz. Así como Dogo y otros sinónimos a modo de risa entre ellos. También pensaron en el presentador de televisión. Y en Ruiz Martín, un profesor retirado que a veces hacía sustituciones. Decidieron continuar para ver qué le pasaba al culo del tal Ruiz. Pero no hubo siguiente palabra porque el vaso no se movió más. Se concentraron de nuevo, pero nada, así que se fumaron un cigarro y volvieron a clase confusos porque no sabían si creerlo o pensar que cualquiera de los otros cuatro les había tomado el pelo a los demás.*

*El 13 de enero, el profesor de la clase de matemáticas, la que tocaba a primera hora, les confiesa que el viejo profesor Ruiz Martín ha fallecido esa misma mañana porque no ha podido soportar la anestesia de una sencilla operación de hemorroides. Jara sufre un desmayo en clase y se cae al suelo; las otras tres no caen porque lo de Jara les ha impactado más: si no, les hubiera ocurrido lo mismo. Jeremías está pálido y frío, y cuando el profesor consigue reanimar a Jara, sale de clase para vomitar, y casi también él se desmaya.*

*El mismo día por la tarde, de nuevo, cogen la ouija, esta vez con mucho más respeto y absolutamente crédulos. Le preguntan si alguno de ellos va a morir pronto y dice que no. Le preguntan si es un espíritu bueno y dice que sí. Le preguntan si quiere contarles algo y dice que sí. Y esperan. La moneda (esta vez lo hicieron con moneda) comienza ahora a escribir rápido: EXAMEN SORPRESA 21 FILOSOFÍA.*

*Deciden no volver a "jugar" hasta el día 21.*

*Entre tanto, Jara y Jeremías se enrollan de nuevo el día 16, y el 17, 18 y 19.*

*El 20 de enero lo hacen oficial a sus tres amigas, a quienes les pillan de sorpresa, a la vez callando sus propios secretos, que no les queda otra que añadir a la cara de sorpresa una sonrisa de felicidad y preguntarles qué tal, etc. Jara no se siente rara por ser “la de Jeremías”, porque en realidad todas son de Jeremías, son sus chicas, y ella y todo el colegio lo saben.*

*El 21 de enero de 1992, el profesor de filosofía, don Lucas, comienza la clase con un “guarden los libros y sus apuntes, por favor, voy a hacer un control de la materia, a ver cómo la llevan”.*

*Esta vez es a Marieta a la que casi le da el ataque, el miedo les invade a los cinco, y creen ciegamente en su secreto. Toda la clase suspende el examen de Kant y Hume menos los cinco amigos, que sacan cinco sobresalientes. El examen fue fácil.*

*El 22 de enero, los cinco deciden ponerse como nombre conjunto el CÍSTER porque les sonaba muy interesante y habían estudiado en Arte aquello de la orden cisterciense, que no tenía nada que ver con una ouija, y juran no contarle a nadie el secreto, pues la cosa mola y están como locos. Esa misma tarde realizan una nueva sesión, en la cual el espíritu dice llamarse Mercury, y ser un pequeño escocés que murió ahogado por su padre en la bañera mientras le lavaba, y cuya madre no supo nunca que fue su propio marido quien lo hizo. Jara duda de lo que está haciendo, se siente extraña y se plantea si está jugando con algo peligroso u ofendiendo a alguien con esto, pues se acuerda de que al fin y al cabo cree en Dios y en dejar a los muertos tranquilos. Mercury dice que Gabriel López está enrollado con una profesora, la señorita María de Salem.*

*El 23 de enero, Jeremías le pregunta con impaciencia, y rodeado de sus cuatro amigas en un pasillo, a Gabriel López si está liado con tal profesora, y este casi rompe a llorar confesando que es verdad, pero que ella no es mala, que la quiere, y que por favor, nunca digan nada de esto, pues la señorita María era una mujer casada, y él era un alumno de diecisiete años, y la echarían si supiesen la verdad, y bla, bla, bla. A todos se les salen los ojos de las órbitas, y sustituyen sus primeras sorpresas, llenas de*

*miedo, por una especie de alegría de tener el mundo en sus manos, y ganas de volver allí al día siguiente. Gabriel López no entiende nada.*

*Los días, 28, 29, 30 y 31 de enero realizan diferentes sesiones en diferentes lugares averiguando cosas de muy diferentes guisos, secretos que ninguno de ellos tenía la posibilidad de saber.*

*El día 3 de febrero, Jara y Jeremías no se presentan a la sesión del Císter (Jara es la que traía la tabla) porque están montándose en casa de ella, pues sus padres se encuentran de viaje. Angelines es la primera que al fin abre el pico con ese tema, y se decide a contar lo que pasó entre ella y Jeremías el 22 de diciembre de 1991 en el Madrid de los Austrias y también comenta que últimamente Jara está insoportable y que por culpa de esta, Jeremías no está tan relajado como antes. Susana también manifiesta que Jara y Jeremías están diferentes y que ya no es como antes. Pero omite que Jeremías le repugna no sabe por qué, que se acostó con él y que fue horrible, que casi casi le odia, y que ya no le gusta estar con él ni con ellas como antes porque todo le recuerda a aquel día. Marieta sin embargo se apunta a la crítica de Angelines para con Jara, defendiendo a Jeremías, que “sólo está encoñado”, y a la vez omite que se acostó con él y que volvería a hacerlo, indudablemente, porque desde que pasó aquello, no ha dejado de hacer cosas sola por la noche que antes nunca hubiese hecho y que sustituyen sus anteriores “sucios” pensamientos, y que, como estos, o en mayor medida, le hacen también sentir muy mal y muy culpable. Así que este se convierte oficialmente en el día en que la ARMONÍA entre los cinco amigos, los cinco “cistercienses” que tanto habían pasado, y se habían querido, y se habían reído juntos, y que habían echado tantas partidas de mus con Susana sólo mirando, acabó para siempre y de una vez por todas. Y se convirtió en una auténtica disputa de fieras salvajes femeninas a la caza y captura de un macho que se había convertido en un trofeo, en una espina clavada que todas se creían con derecho a disfrutar. Todas menos una: la pobre Susana.*

*El día 4 de febrero, evidentemente, lo que contó Mercury en la sesión de ouija, fue que una de ellas ODIABA a Jara. Y que no era Susana. Esto hizo que Jara se diese un desagradable batacazo, y aunque Marieta y*

*Angelines le aseguraron que no era verdad, consiguió que se separasen sus corazones para siempre, como el aceite se separa del agua.*

*El día 5 de enero, lo que contó Mercury en la sesión, fue que una de ellas odiaba a Jeremías, y no era Marieta. Esto hizo que Jeremías y también Jara desconfiasen del resto del grupo. E hizo que, especialmente Jeremías, se cagase de miedo pensando en si la ouija contaría algún día algo de sus rollos con las otras tres, como hizo con la historia de Gabriel López y la señorita María. Así que decidió que en la próxima sesión encontraría la manera de deshacerse de esa estúpida tabla de madera, y la forma de olvidarse de tanta amistad, porque eran cinco, y a él ya le sobraban las otras tres.*

*El 6 de febrero, Mercury les contó que en aquel círculo de amigos todos se odiaban, y Jeremías no pudo encontrar un momento mejor para romper la tabla atacado por una rabia feroz, como si aquello le afectase de veras. “Es lo que teníamos que haber hecho desde que murió Ruiz Martín, esto ha sido una porquería”, se pronunció Susana. “Y ahora, ¿qué hacemos?” Propuso Angelines, y se dieron cuenta de que sus encuentros se habían reducido a eso, que Susana no quería ni verles, que Jara estaba dolida con sus tan viejas amigas, que Jeremías estaba enamorado y muerto de miedo, que Angelines quería matar a todas las demás para acostarse con él de una vez, y que Marieta estaba empezando a pensar en el sexo a todas horas y sólo quería irse a casa a “estar sola.”*

Esta era la historia de su amistad, a grandes rasgos, muy grandes, pues sólo está reunido lo que ellos escribieron al respecto. Pero hubo mucho más. Y muchas más cosas buenas que malas. Historias inocentes, historias de juergas, de confesiones, de pensamientos, de charlas interminables, de mus, de horas y horas llenas de momentos, de palabras, de risas, de silencios, en fin: de lo que es una amistad.

Jara volvió a mirar a Angelines. Tampoco era tan terrible lo de Jeremías. Claro que no iba a contarle nada de lo que había sido de él y de ella, eso ni pensarlo. Lo que no sabía era que Angelines nunca le habría preguntado por él. Primeramente, porque sabía mucho más de él que la propia Jara.

A Jara le dolía la cabeza. No sabía si había sido tan bueno recordar el pasado, porque desde que había llegado a la ciudad, no había dejado de preguntarse qué sería de él y de su vida. Y eso también interrumpía su proceso de creación de ideas. Unos cuantos pensamientos que le resultaban tan martilleantes como inesquivables la bloqueaban aún más. Si al fin decidía salir, pensaba que tenía que ponerse delante de las teclas, o nunca volvería a ser productiva, y entonces se proponía no salir hasta que no escribiese unas líneas. Pero nunca pasaba, y lo achacaba a que pensaba en todo excepto en lo que tenía que pensar. Por lo que todo ese tiempo no contaba como “horas de trabajo”, y reanudaba su intento, hasta que volvía al mismo punto, y al final, o no salía, o salía atormentada, como hoy, con el “no puedo, estoy harta, no volveré a escribir jamás”.

—Oye, Jara, cariño, me van a cerrar una tienda, tengo que ir a hacer unos recados, ya sabes cómo es mi madre, que para sacarla de casa... —Pues no, Jara no lo sabía porque hacía años que no pisaba la casa de Angelines ni sabía nada de ella. Se sintió molesta por no haber recibido ninguna noticia de su boca acerca de su vida. Era cierto que se habían alejado, pero no pensaba que fuese por nada malo, como la tontería del Císter. Jara siempre había considerado que eran buenas amigas a las que la universidad y el paso de los años habían distanciado. Lo del Císter se hubiese olvidado pronto si hubiesen seguido cerca, de eso estaba segura. Y a la vez estaba equivocada.

Además, ¿desde cuándo Angelines hacía cosas como llamar “cariño” a la gente? Lo que era indudable es que sus ojos seguían tan preciosos como siempre, y parecía que el color de estos era lo único de ella que se había mantenido incorruptible con el paso de los años.

Finalmente, cuando salieron de la cafetería y se estaban despidiendo, Angelines habló, no sin dudar al hacerlo:

—Jarita... —Al fin algo que le hacía sentir que aquella persona había sido amiga suya.

—Dime. —No esperaba nada, pero había sentido ganas de llorar al escuchar su nombre dicho de la misma manera que antes.

—El tema del Císter...

—¿Dime? —Repitió Jara sin entender muy bien a lo que se refería.

—Todo lo demás fue verdad, te lo juro, que no moví nada nunca...  
—tomó aliento— excepto la segunda vez.

—¿La segunda vez? —Jara no tenía en ese momento para nada claras las cosas que les anunció Mercury, ni siquiera recordaba el nombre de este, era como si tuviera que ir despertando sus recuerdos, todo estaba muy desordenado.

—Sí... el examen de filosofía. ¿Me acompañas a la panadería? —Jara asintió sin molestias, y muy interesada iba recordando lo del examen sorpresa de filosofía— El profesor, don Lucas, era el mejor amigo de mi padre. Aún lo es. Es “el tío Lucas” en mi casa. Cuando supo que le tocaba darme clase, me propuso que no dijese nada a nadie, me tenía prohibido comentarlo ni siquiera a mis amigos, porque así gozaría de algunas facilidades... —Jara comprendió enseguida. Pero esto hacía que toda la historia del Císter, su amistad, todo se viniese aún más abajo de lo que ya se vino en su día— ¡Pero te juro, Jara, te lo juro que fue la única vez que yo metí baza en todo ese asunto, que el resto de las veces, siempre, siempre fue verdad, todo, todo, todo, me sentí muy mal cuando lo hice, incluso pensé que el fantasma ese, el tal Mercury me iba a castigar por ello...

—Te creo —Y era verdad. No sabía cómo pudo dudar al oír la historia; con todo lo que había pasado, Angelines no podía saber todas esas cosas. Sonrió a su vieja amiga y deseó marcharse y no volver a encontrarla en mucho tiempo, pues esa nueva cara de idiota y ese aspecto con el que andaba por la vida no le gustaban y le producían un rechazo inmenso, y una tristeza profunda—. Me tengo que ir.

Si no lo hubiese vivido, si al menos ahora no lo recordase de una manera tan cercana, dudaría. Dudaría de todo el tema del Císter, y dudaría de sus sentimientos hacia Jeremías. Dudaría de toda aquella amistad, esa amistad de cinco. Se preguntó si habrían terminado igual en caso de que la elegida no hubiese sido ella. Pero nunca se le habría pasado por la cabeza pensar que alguna de sus amigas hubiese estado interesada por él.

No le cabía duda de que aquella amistad no era una de esas cosas que uno transforma con el tiempo cuando va dándose cuenta de que esto era así y eso otro no era lo que era. En la mente de Jara, cada cosa en relación con aquel curso continuaba igual, en su sitio, a pesar de lo que Angelines acababa de contarle. Lo que le fastidiaba era que hubiese reaparecido en su vida sólo para recordarle algo que tenía muy enterrado en la memoria. Porque cuando pensaba en Jeremías, no pensaba en aquel “amigo de cuatro” que las hacía reír tanto en el colegio de los curas. Pensaba en aquel novio con el que había estado saliendo durante seis años, con el que lo había compartido todo, hasta que un buen día extrañamente todo se desvaneció. Y no quería desenterrar sentimientos por él aún más lejanos, no quería tener más razones para volver a quererle, ya tenía bastante con pensar en él de vez en cuando.

Ahora tenía la sensación de que pronto volvería al colegio. Si por ella fuera, habría pasado toda la vida allí. Y allí, su única preocupación hubiera sido alcanzar el curso siguiente, y el siguiente, y el siguiente, y así, hasta que sin darse cuenta todo hubiese pasado otra vez. Y sin embargo ahora era distinto. Quería retroceder uno, dos, tres, mil pasos, hasta alcanzar a ser posible el curso más bajo. O se conformaba con volver al bachillerato, y a su tranquilo y femenino colegio de monjas. Entonces era todo más fácil, y su único objetivo era estudiar, superar los exámenes, acabar el curso y pasar limpia al siguiente para que papá y mamá estuvieran contentos. Ella era la misma, podría volver a actuar como antes sin problema, lo único que había cambiado era que, fuera del colegio, las personas no tenían derecho a hacer el imbécil. A hacer tanto el tonto. A sentarse en las escaleras de los pasillos a reír porque uno no puede más. A llevar esa mochila tan pesada. Tenía las risas dentro, guardadas, las sonrisas. Esa sensación de confusión que los padres sabían calmar con un simple “se te pasará”.

Ahora, por encima de toda esa energía escondida entre telarañas, su aspecto revelaba parquedad, quietud. Ropa oscura. Silencio. Pelo infinito. No tenía sentido sacar a pasear a esa otra persona porque no le gustaba el lugar que ahora le correspondía.

Sabía que Angelines se reservaba alguna historia dentro, también reciente, como ella. Pensó en la posibilidad de escribir un libro acerca de

aventuras como la del Císter —o de otras que recordaría con facilidad— mientras caminaba despacio sumida en estos pensamientos, y se paraba a mirar escaparates sin saber lo que veía cuando aquellos se complicaban. Se paralizó ante una floristería cuando le invadió de nuevo esa angustia: no podía escribir. Podía intentarlo con esa historia. Cambiaría nombres, unos serían mejores que en la realidad, otros peores... pero al cabo de unos días, se cansaría y lo pondría en el montón de las otras historias que, como aquella, había empezado y había almacenado.

Pasó al siguiente escaparate porque pasó a otro pensamiento, aún más angustioso que el anterior, e igualmente importante: se había prohibido volver a escribir sobre personas menores de veinte. El peligro estaba en que utilizaría el mismo lenguaje, y todo acabaría en la misma comedia de enredo que, en su día, había escrito por primera vez. Estaba más que harta de escribir siempre igual, realmente harta de sí misma y atascada. Ella ya no era una adolescente, y la vida ya no se le antojaba tan divertida. Escribir sobre cualquier otra cosa era realmente difícil, tan difícil, que cuando empezaba algo con esa intención, acababa por volver a lo suyo: la noche de Madrid, los bares, grupos de amigos, casualidades, amores imposibles, drogas... Y en su cabeza una imagen del mismo Jeremías, quien siempre leía sus libros (los enteros), años atrás en una cafetería. Ella: “¿Quieres leerlo? El nuevo libro.” Él: “¿Es como los demás, movida generacional, gente joven y todo eso?” No fue de verdad un puyazo lanzado con puntería aunque así resultara. Fue sólo un lanzamiento al vacío, y como todos los lanzamientos al vacío, a veces alcanzan justamente a quien no deben. Aquella frase sonaba como un dolor, como el pellizco más pequeño y más punzante en el dorso de la mano. Las lágrimas le amenazaron los ojos, y se sintió realmente como una flor muy pequeña en un bosque de árboles grandes. Era una carnicería. El escaparate que miraba. Al fin se fijó en lo que tenía delante, y un hombre con delantal blanco colocaba un cochinito muerto en la cámara. Dejó sus lágrimas caer pensando en aquel cerdo pequeño, porque no tenía la culpa de nada. Decidió volver sobre sus pasos. Volver a casa a toda prisa, olvidando por qué había bajado. Para buscar los pensamientos. Los buenos. Para ordenar esa cabeza. Para alimentar ese papel.

## Un libro en una noche

Alguien le había dicho alguna vez que era imposible escribir un libro en una sola noche. De una sola tirada. Un libro así, entero. Alguien se lo había dicho alguna vez, pero ella estaba segura de que con un poco de constancia, una jarra de café y una cajetilla de cigarros al lado, todo era posible.

Se puso a calcular, y si conseguía parar el tiempo justo para ir dos o tres veces al baño, alguna visita a la nevera, y, tal vez, un paseo a la mitad del manuscrito si la cabeza o el ambiente estaba demasiado cargado, podría escribir una novela medianamente aceptable al cabo de toda la noche.

Y quizás aquella noche era la apropiada. Quizás tenía que ser esa porque ya había dejado pasar muchas otras en las que decidió que no eran las adecuadas, y si continuaba así, la noche adecuada no llegaría jamás, y quizás también de esta forma pasaría de largo su vida sin siquiera haberlo intentado.

Hizo cálculos de nuevo. Calculó cuánto solía tardar en escribir una página, y se dio cuenta de que no era tan fácil. Algunas veces había tardado más de una hora en finalizar un párrafo. Y otras, en algo menos de media había rellenado tres páginas de su cuaderno grande.

Decidió que no se pararía apenas a pensar. Que un manuscrito de aquellas características –un libro escrito en una sola noche– no podía ser

demasiado cuidado. Ya se encargaría más tarde de repasarlo, de corregir cosas o de embrollar más las historias o tal vez los pensamientos, pero de momento, aquel libro iba a ser escrito de una manera bastante automática, apenas pensada.

¿Y qué iba a salir de todo aquello? Qué gran curiosidad por conocer ya a sus personajes, que ella misma y su “Pilot V5” iban a crear en cuestión de unos minutos. Sabía que tenía que comenzarlo YA, porque si pensaba demasiado la manera de hacerlo, nada iba a salir como había planeado; así pues, tomó el Pilot V5 negro entre sus dedos, y escribió.

*“Jacobó no era como el resto de las personas, Jacobó tenía un secreto.”*

Se paró por un momento. No sabía si aquello estaba bien. Lo primero era que el nombre Jacobo nunca le había gustado. Nadie de su familia se llamaba así, sólo conoció a un chico rellenito llamado Jacobo cuando era pequeña. Por lo demás, el nombre Jacobo se le aparecía en la cabeza siempre junto a la palabra “San” delante, y en forma de gran filete empanado entre jamón y queso.

Entonces decidió tachar el nombre de Jacobo y escribir el de Guillermo encima. Aunque después de hacer esto, se dio cuenta de que quizás a Jacobo le acabaría tomando cariño, porque al fin y al cabo, todos conocemos a personas a las que en un principio su nombre puede no gustarnos, o no lo conocemos, o simplemente no acompaña a su aspecto exterior, pero acabamos por cogerle cariño, nos acostumbramos, cobra significado, y hasta nos gusta.

Jacobó era correcto, adecuado. O lo sería. Tenía que aprovechar todo lo que le ofreciese la mente, no podía andar desperdiciando material. Dejaría Guillermo para el siguiente personaje de la historia. Tenía que ser una novela, claro, no iba a ser un libro de pensamiento filosófico, o de historia, o de poemas. Su primera frase ya había dado a conocer a un personaje, que resultaba que no era como el resto de las personas, y resultaba también que esa diferencia con el resto radicaba en que guardaba un secreto en su haber.

¿Qué secreto?

Tampoco era un gran secreto. Eso al menos suponía él. Él pensaba que un gran secreto podía ser algo así como una de las revelaciones de la Virgen de Fátima. O una de las confidencias que se trataban en el pentágono. O los secretos de Estado. O una mujer joven que había abortado para que sus padres no la matasen. O algún chico que se había aprovechado de su prima pequeña cuando era un adolescente. Aquellas cosas sí le parecían lo que comúnmente llamamos secretos. Pero lo suyo era mucho más sencillo que todo eso; resultaba que su gran secreto era que pensaba. Que pensaba, que sentía, que asimilaba. Y que conseguía obtener cientos de miles de pensamientos increíbles al cabo de cada día, y cientos de miles de averiguaciones acerca de la vida, el hombre y demás. Por eso Jacobo era diferente a todos: porque se sentía especial y único sólo por pensar. Y es que quizás aquello de pensar era tan especial para él porque nunca nadie le había preguntado en qué pensaba, o más bien, nadie imaginaba que lo hacía, y tampoco importaba.

Jacobo era el hijo de una pareja de ancianos que tenían una vieja tienda de barrio en la que el pan, los chupa-chups y los yogures eran la parte indispensable del negocio. Una panadería antigua y ya castigada por la variedad y las ofertas de los grandes supermercados.

Su vida no había tenido jamás nada de especial. Era el segundo y último hijo del matrimonio, que nunca dejaba de explicarle a todo el que preguntaba que Jacobo había sido un “accidente”, que nunca lo hubieran esperado, que se llevaba veinte años con su hermano mayor, “creíamos que nacería mongólico, porque a mi edad...” A lo mejor, precisamente por la edad de estos y por la falta de hermanos –su hermano mayor, que él recordase, siempre vivió fuera de casa–, el ambiente que le rodeaba era triste, quieto, tranquilo, estático. Como lo había sido siempre.

Cuando volvía de la escuela de jugar con los otros niños, volvía feliz, sonrosado, corriendo, saltando. Llegaba a la panadería directo a dar un beso a sus padres, como había observado que lo hacían el resto de los niños. Pero las bocas de sus padres nunca expulsaban besos, únicamente

quejas: “Estamos cansados”, “anda, niño, vete a la trastienda...”. Y Jacobo nunca ponía mala cara, se iba a la trastienda, como queriendo convencerse a sí mismo de que aquellas palabras no tenían más importancia, aunque en realidad le produjesen un pequeño dolor punzante en el corazón, que cada día punzaba y dolía más, pero que uno va soportando a fuerza de costumbre.

Se había hecho a la situación, o más que hacerse, había adaptado su vida a la tristeza que inundaba aquel hogar, aquellas paredes de la tienda. Se acostumbró a sentir cómo nadie le necesitaba. No era indispensable en nada, nadie se preocupaba, nadie apenas le hablaba de la vida. Tal vez por esto Jacobo había ido más allá en su interior de lo que era normal, tal vez por esto Jacobo había sido tan buen estudiante en el colegio, tal vez por esto a Jacobo le gustaba tanto relacionarse con el resto de sus compañeros, jugar, chutar el balón, y era un niño listo, rápido, siempre se prestó, siempre puso interés, y su propio interés y sus propias ganas por ser como el resto de la gente le hicieron como era. Lo único que deseaba era no ser nunca como ellos, como aquella pareja de ancianos egoístas.

Se preguntaba a menudo si pensaban en él. Sus padres. Si imaginarían cosas sobre él, si no tendrían curiosidad por verle practicar algún deporte. Lo hacía muy bien, era un fenómeno del balón. Los años pasaban y Jacobo discurría. Y crecía. Y en su interior, aquel secreto: él pensaba.

Se había convencido de que era un secreto, pues era lo único que poseía: un montón de pensamientos, de sentimientos de soledad, de incompreensión, el análisis de la formación de su personalidad... cientos de cosas sólo para él. ¿Existiría algún día alguien a quien le interesase su secreto? ¿Lo iba a comprender? Quiero decir, desde ahí fuera, desde los demás.

Cuando hacía el último curso antes de la universidad, conoció a una chica. Había entrado nueva aquel año, y Jacobo llevaba todo el curso fijándose en la piel blanca y sonrosada de su cara y en su pelo negro. Un

día, consiguió que fuesen juntos al cine, y se besaron. Empezaron a salir, y Jacobo, entre imprudente y ansioso, intentó que ella comprendiese su secreto. Pero a ella le pareció que aquello que le estaba contando no eran más que una sarta de tonterías demasiado sencillas y demasiado relevadas y sacadas de quicio. “La vida es más sencilla que todo eso, no hay que complicarla tanto. Vamos, deja de imaginarte que es tan importante. Yo juraría que es NADA.” Vaya, eso sí que le dolió. Acababan de bautizar con el nombre de “nada” a su único secreto. Así que, a saber pensar y ver más allá de lo que la gente suele ver –muchos porque no les da la gana y muchos porque no se paran a saborear la vida– se le llama “nada”. Entonces lo que Jacobo llevaba dentro era “nada”. Muy gracioso. El resultado de llevar nada dentro es estar vacío. Así que estaba vacío. Como una lata del suelo, como un globo, como un vaso puesto boca abajo. Sólo tenía su “nada” y sus recuerdos. Y punto. No poseía momentos enternecedores, o disputas, o peleas de hermanos, o ataques de besos de su madre... nada de eso en casa. Sus únicos buenos recuerdos eran los del colegio, y el último día (cinco años atrás) en que vio a su hermano. Ahora no sabía siquiera en qué país se encontraba. Las últimas noticias que llegaron lo hacían desde Escocia.

Se paró. No podía seguir escribiendo entonces porque no sabía si le gustaba. Sabía que las normas eran no pararse a pensar, tirar para delante y no reparar en si algo era mejor o peor.

Pero, ¿qué se podía hacer con una historia como esa? Por ejemplo, Jacobo, ¿era ya mayor, o estaba aún en COU? Es decir, ¿desde qué punto referencial se narraba la historia? ¿Y qué iba a hacer con él? ¿Una aburrida historia, como que las pasase canutas entre soledad y silencio? Que estudia la carrera, y que conoce a una tía estupenda de la que se enamora, pero la ve muy lejos de su alcance porque es muy diferente a él, y pasan ciertas cosas –tal y cual– por las que ella llega a hablarle una noche de algo así como que tiene un secreto dentro, y él ¡guau!, qué pasada, es la mujer de su vida y bla, bla, bla. Y que un buen día él estalla y les grita a sus padres rompiendo la distancia y las barreras de silencio que siempre había existido entre ellos, y ellos se quedan alucinados,

y algo hacen con la tienda de pan, que no puede seguir así porque no tienen ni para pipas. Pero él se ha hecho arquitecto y trabaja en el estudio del padre de ella, y diseña un bar magnífico tipo pub irlandés, y ella se ocupa del negocio y de llevarlo al día. Los padres se van a vivir al campo y Jacobo les da un nieto al que tratan de una manera diferente, algo más endulzados, pero siguen siendo dos personas frías, y aburridísimas. Porque ya está bien de que en los libros y en el cine las personas cambien su carácter de la noche a la mañana.

Vaya una mierda de historia, vaya una pérdida de tiempo. Pudo vislumbrar el final en cuestión de minutos en su destartalada cabeza. ¿Para qué iba a escribirlo si era basura? Gastar la tinta y la noche del nacimiento de su “ primera novela del tirón ” en eso no merecía la pena.

Tuvo ganas de llorar. Necesitaba hacerlo de veras. Porque su vida sí era especialmente vacía. Sentía que no hacía nada de provecho, sentía que el tiempo se le escapaba de las manos: en cuestión de segundos pasaban los días; otras veces los segundos pasaban largos como un día, y siempre esa sensación de eterna insatisfacción. Siempre en busca de algo; con la *mirada*, cuando salía: siempre alerta, siempre atenta, como si aquello que le faltaba fuese algo que se iba a presentar delante de sus narices, de sus ojos. Quizás alguien. Con la *cabeza*, en el interior de su alma: siempre revolviendo para ver si aparecía alguna explicación, siempre al acecho de alguna historia para componer. Con el *tabaco*: a ver si este le aportaba alguna sensación. De los *porros* se olvidaría, desde su encuentro por la tarde con aquella extraña loca en la que se había convertido Angelines, se había planteado seriamente apartarlos de su vida. A ver si el *café* también le daba algo más...

Pero inútil. Tenía que escribir un libro del tirón, era lo único que podría salvarla, porque además de otras razones no identificadas, lo que la estaba haciendo sentirse tan vacía era que llevaba meses sin producir una sola línea aprovechable, cuando antes lo hacía casi a diario. El susto no era para menos: cero en ideas, cero en ganas, cero en fuerza de voluntad. Cero en lo único que siempre le había dado un poco de esperanza en la vida, unos pocos sueños de grandeza, algo de ímpetu.

Tenía una carrera aparcada desde que la terminó hacía unos tres años. Había hecho un *training* como redactora en una agencia de publicidad, y luego había ido rechazando más prácticas alegando siempre que quería “intentarlo” en el mundo de la literatura. Siempre había tenido esa ilusión y esa faceta “artística” de la que estaba orgullosa, que era escribir. Su imaginación era –o había sido– portentosa. Había escrito cosas fantásticas a lo largo de su vida, y ahora no tenía nada. Varios libros comenzados, y no sabía por cuál de ellos continuar, tampoco encontraba el momento: siempre le apetecía hacer otra cosa o se tomaba demasiado tiempo para “prepararse y pensar” sin llegar a producir. Haber estado fuera le había hecho cambiar. Haber perdido tantas cosas le había hecho mutar.

Escribir un libro en una noche no era simplemente llevarle la contraria a aquel que le dijo que no lo conseguiría, sino que al fin terminaría con una etapa de su vida que se estaba riendo de ella demasiado, que la estaba retando a muerte. “Hoy te lanzas, pero mañana te olvidas”, le repetía una voz como burlona en su cabeza. Si no lo conseguía, podía caer aún más abajo, y jamás volvería a escribir, y sólo tendría una gran biblioteca con cientos de libros sin terminar. Esto le hacía subir por las paredes. Lo mejor sería ir acabándolos uno por uno, aunque fuese de la peor manera. Acumulándolos, había conseguido su propia colección de fracasos. ¡Oh!, era ya media noche y había comenzado a escribir a las diez. Decidió dar una vuelta por la casa, y ya de paso, ver un poco la televisión. A las doce y media volvería a la mesa para continuar escribiendo como fuese. A la una y cuarto volvió a sentarse. Eran tres cuartos de hora más tarde de lo que se había propuesto, y se dijo aún con más empeño: “hay que escribir”. Recordó el libro que había terminado en sólo tres meses, y que tenía unas trescientas páginas. Por aquel entonces estaba bastante afectada todavía por Jeremías. Y cuando escribía, lo hacía pensando en que este lo leería y volvería con ella, porque era divertido y hablaba de cosas que sólo él entendería de verdad, por eso no paraba de escribir, quería acabarlo rápido para ofrecerle algo, como solía hacer cuando estaban juntos. Cada cosa que Jara escribía por aquella

época era pensando en que él iba a leerlo, y de hecho lo hacía y la quería más, aunque le pusiese pegas. Pero aquel gordo de trescientas páginas que escribió justo después de haberlo dejado, a ese, Jeremías nunca le echó un vistazo, porque Jeremías desapareció del mapa.

Se sintió sola de nuevo al recordar esto. Más aún. Y es que Jara se sentía tan sola, que llegó a pensar en comprarse una mascota. Sola y vacía. A lo mejor al final Jacobo tenía algo de ella. A fin de cuentas, ella le había creado en una noche de soledad y vacío. Jacobo... ¡Qué nombre tan bonito!

Se quedó dormida sobre las hojas. No pudo hacerlo en una noche. Probaría la siguiente. Sería la historia de Margarita. A lo mejor esa sí salía entera. Seguro que sí. A la primera no va la vencida, y a la tercera tampoco, eso se lo había repetido su padre toda la vida.

## Viaje al pasado

Se despertó tumbada en el sillón. Se sintió fatal en seguida, parecía que el haber dormido allí lo hacía todo peor. Se había quedado dormida en la mesa, luego se había pasado al sofá y ahora eran más de las doce del mediodía, todo estaba patas arriba, y se levantaba de nuevo sin nada que esperar. Un día como el anterior, aunque sin intentar escribir de nuevo en una noche “la novela del siglo”. Casi se puede decir que le daba asco su existencia, el solo hecho de pensar tanto y no hacer nada positivo. Pues si no podía escribir, vamos a buscar trabajo, Jara, se dijo a sí misma, haciendo un esfuerzo por que aquel fuese un gran día.

La historia de Angelines, su torpeza de expresión y de atención, su revelación acerca del Císter, el cuento de Jacobo, aquella carnicería... Mientras caminaba derecha al kiosco a comprar el magazine de empleos, comenzaba a poner en orden su día pasado para sacarle partido: “Angelines como ejemplo definitivo para no volver a tocar un porro; la carnicería para no cruzarme de brazos y hacer algo, aunque sea esto de buscar trabajo; lo de Jacobo para convencerme de que las cosas se hacen poco a poco; Angelines de nuevo, para recordar...” Se paró ante un anuncio grande y llamativo en medio de la hoja: “Se necesitan jóvenes como dependientes de conocida tienda de discos y libros en el centro de Madrid. Contrato parcial, a tiempo partido, no necesaria experiencia. Urge. Inmediata incorporación”. ¿Y qué más quería? Encendió un cigarro, mientras un camarero le servía el café. Sacó el bolígrafo que siempre llevaba en la parte de atrás de su pantalón, y apuntó el teléfono. “Vaya por Dios, eso de negarme a tener móvil ahora me está doliendo...”

Quería llamar en seguida, era un trabajo nada comprometido, podría trabajar pocas horas, rodearse de gente a la que robarle pedazos de sus vidas, o de sus aspectos, o sus nombres, o su forma de hablar, para pasarlos al papel. Ja, ja, y le pagarían por ello. Pronto llegaría el verano, habría menos gente en Madrid y los clientes serían sobre todo extranjeros, lo cual resultaba aún más atractivo. Querría ir a casa corriendo y dejar aquel café, pero no lo había pagado, y tampoco se lo había tomado, y una sonrisa ansiosa se dibujaba en su pálida cara, como si hubiese encontrado el mejor empleo del mundo, o como si por ello le fuesen a publicar una novela. Decidió aprender a ser paciente –por no serlo, siempre lo dejaba todo a medias, y las cosas no salían bien últimamente– y decidió tomarse el café y acabar el cigarro sentada. También continuar con su último pensamiento.

Angelines le había hecho recordar a sus amigas del colegio, no a Jeremías, no a su ex-novio, no al chico de moda de COU. A sus amigas del colegio de las monjas, aquellas con las que jugaba al rescate y al balón prisionero, y con las que solía criticar a “madres profesoras”. Aquellas que había perdido un buen día, y de las que no había vuelto a saber hasta ayer. Y en todo caso ya sólo eran dos las que podría molestarle en recuperar, porque era evidente que después de haber visto a Angelines, no le daba ninguna pena haber perdido el contacto con ella. Se había transformado en alguien o en “algo” anodino, casi paranormal. Quedaban Susana y Marieta. No estaba segura de guardar sus números de teléfono, pero aun así no era difícil. Marieta vivía a sólo unas calles, y Susana tenía un apellido... un apellido nada común.

La entrevista sería aquella misma tarde. Conocía la tienda, había estado allí unas cuantas veces, pero los discos costaban el doble que en ninguna otra parte. No pensaba que ninguna persona medianamente enterada comprase allí libros o discos, la mayoría eran sólo mirones. Los papás, los *snoobs*, los que aún creían que las cosas más caras eran mejores aunque fuesen de la misma marca que las de la tienda de enfrente; esos eran los clientes de Music World. Colgó satisfecha, muy amable el caballero que la atendió.

Encontró sólo el teléfono de Marieta en una agenda infantil cuyas páginas tenían la forma de un teléfono de los que ya no se ven por el mundo. Los números de los teléfonos los dibujaba en cada uno de los agujeritos –inicialmente en blanco– donde se metía el dedo para girar la rueda. Llamó sin saber qué iba a decir. Lo cogió su madre. Era ella porque su voz era nasal e inconfundible, pero parecía cansada de verdad. Como los cuerpos, la voz de la mujer había envejecido. No, Marieta no vive ya en este número. ¿Quién la llama? Una amiga. Hubiera saludado a Arianna Gómez, madre de Marieta, si no hubiera tenido tantas ganas de probar con el número que acababa de darle. Pero en el otro número nadie cogió el teléfono. Comenzaba como los números de aquella zona, no podía vivir muy lejos. Nueve, diez veces más: nada. Estaría trabajando. Se hubiera deprimido de nuevo pensando yo no tengo trabajo y ella sí. Pero es que iba a tenerlo pronto. En ese o en otro, pero trabajaría. No es muy atractivo tu trabajo, no es para ti, le dirían, pero es que escribo, soy escritora y sólo puede ser así, respondería.

URTASUN, efectivamente no había más que unos pocos en Madrid, y conocía la calle de Susana de memoria. Era la única que no vivía en el barrio, y el nombre de la calle, como el apellido, eran inconfundibles: “Pez Volador”.

—¿Sí?

—¿Susana? –le emocionó escuchar ese “sí”.

—Sí, ¿quién llama? –Su voz era simpatiquísima, seguía igual, lo sabía, nada que ver con Angelines. Se quedó casi satisfecha con saber esto, podía colgar ya tranquila sabiendo que no todo el mundo se había vuelto loco, o tonto, y que aunque no continuaran juntas, seguían tal y como eran. Casi se dejó llevar por aquella paz y ese impulso de colgar. Pero no lo hizo.

—¿Quién soy? –se le escapó una risa. Susana se quedó callada y luego gritó.

—¿Eres Jara? –chilló visible, o mejor dicho, audiblemente contenta.

—¡Síííí!

Susana se casaba. Le dijo que se casaba. Que era increíble, pero que por aquellos días tenía pensado llamarla porque se acordaba mucho de ella, se arrepentía de muchas cosas y quería invitarla a la boda. Invitarás a las demás, le preguntó Jara, y Susana contestó sin pensarlo que ni hablar. Jara preguntó por qué, no entendía por qué a ella sí y a las otras no. Tú y yo tenemos que hablar de muchas cosas, dijo Susana dejándola muy intrigada. Mañana podemos quedar a las siete en la cafetería de Cerca de la Plaza. Jara colgó y se le saltaron algunas lágrimas, quería abrazar a Susana, de pronto la quería con toda su alma, quería volver atrás, detestaba todo lo que le estaba ocurriendo ahora, no quería ese trabajo, no quería escribir, no quería pensar en príncipes azules, ni en la vida de una mujer, ni en la de una madre, ni tampoco en la de una escritora. Sólo quería volver, volver, volver, al colegio, a sus amigas, a las casitas, a las muñecas, a sus papás, al carricoche, a la cunita, a su mamá... Volver allí dentro, tan protegida, tan despreocupada, tan ajena a todo, no quería vivir como si tal cosa. Quería dormir en un sueño profundo, quería que las lágrimas la transportasen a ese sopor cansado que le haría dormir, no pararía hasta llegar allí, qué tendría que hacer para volver a ese útero cálido, a quién tendría que vender su alma, con quién tendría que hablar...

A las seis estaba firmando el contrato. Era más que estupendo. Podía empezar a trabajar mañana mismo, la necesitaban con urgencia. Sólo cinco horas al día, eso le dejaba espacio para todo lo demás. Y a sólo cuatro paradas de metro. Podría volver paseando, el camino de vuelta a casa era un paseo precioso, y la primavera había llenado los árboles de los bulevares de flores, y el polen, qué agradable ver cómo vuela como suave algodón de azúcar. Así podría esquivar más fácilmente a ese fantasma que la había transportado otras veces a un lugar oscuro. Sabía que se encontraba en un balancín equilibrado, en el centro de dos lugares antagónicos, en un momento muy preciso en el que podría pasar a una depresión profunda, una depresión nostálgica, una depresión oscura y

autodestructiva, o quedarse en el lado de los buenos momentos, y agarrarse con fuerza a las pequeñas cosas que le iban saliendo, al trabajo duro y lleno de ilusión de sus historias, al trabajo vacío que la sacase a pasear al mundo, a la gente que iba recuperando, a las cartas con las personas que no tenía ahora cerca, como Luisa, y a más teléfono, y a más visitas a mamá y a Silvia. Intentar pasar por alto su vacío, no hacerle caso para nada. No quería volver a pensar en ningún útero, lo de volver allí, era su anhelo favorito en los momentos de angustia. Una vez le apareció de golpe en la consulta del psicólogo, meses atrás, cuando cayó en uno de esos oscuros, y no soltó ese dulce y feliz pensamiento ya nunca. Y sabía que tan dulce era la idea como peligrosa y lacerante. Era indudable que, al menos en esta vida, uno nunca volvería a tal estado.

## **Primer día**

¿Cómo había podido contarle tantas cosas a alguien que no conocía de nada? Pero es que era el ser más encantador con el que se topaba desde hacía mucho tiempo. Tomás era un periodista parado que colaboraba en varias revistas, e incluso escribía ensayos en un conocido periódico de tirada nacional. ¿Y cómo podía ser que trabajase en semejante infierno? Qué lástima. ¿Y tú qué? Le había dicho él. Tú eres también escritora, y mira lo que tienes que hacer. Pero eso era porque ella quería. Porque no escribía. Sus libros acabados apenas se habían movido, únicamente había colaborado en revistas que nunca recompensaban los esfuerzos, y tampoco quería trabajar en publicidad, ¿cómo no iba a estar ahí? Esa no era la culpa del país ni del mundo, era su sencilla y llana culpa.

## Paco y “ella”

Iba a llegar antes que Susana, eran todavía las seis y media, y decidió dar ese pequeño paseo hasta la cafetería de Cerca de la Plaza. Se preguntó con quién iba a casarse Susana. Eso no se lo había dicho. ¿Y si ella le conocía? Seguro que no, a Susana sólo le había conocido un amor del colegio, y ese era Paco Olmos. Cuando la cosa se fastidió entre “los del Císter”, Susana fue la que se quedó más al margen de todo. Marieta y Angelines mantenían una relación de amor-odio en la que se utilizaban mutuamente para salir, para estudiar... pero luego se iban poniendo verdes la una a la otra, y eso lo sabía todo el colegio. “Yo me centré en Jeremías. Y Susana parecía huir de todo lo que le recordase a cualquiera de nosotros”, y Paco y ella andaban todo el día juntos, en una constante batalla de seducción, amor y respeto, de miradas, de palabras, a veces juntos, otras a distancia, pero siempre así. Paco no estaba en la misma clase. Se conocían de un curso de pintura que impartía por la tarde Sempé, el estrambótico profesor de dibujo del colegio. Se querían, todo COU sabía esto, y todas las chicas, las pocas chicas que había, la envidiaban. Jeremías era guapo, Jeremías era buen estudiante, Jeremías tenía algo de chulería indispensable para ser de los que destacaban, sin ser uno de esos payasos pijos que, aun pasados diez años de moda, seguían llevando castellanos y vaqueros pesqueros y apretados. Pero era Paco el *súmmum* de todo esto. Estaba buenísimo, por qué no decirlo, y así le llamaban las chicas, “el buenorro”, o “el guarro”, porque llevaba aquellos pelos, tenía cientos de apodosos de este tipo. Jere y él se salían totalmente de la tónica del colegio de sacerdotes nada

acostumbrados todavía a los pelos largos, a las camisetas negras, a botas militares como las de Paco. “El pintas”. Y lo mejor de Paco era que no podía caer mal a nadie porque era increíblemente respetuoso con compañeros y profesores. Nada pasó entre Susana y Paco, nada, “y yo sé que ella sufría más que él, lo sé porque la veía a veces lánguida, y porque no tenía nadie a quien contárselo. No sé por qué tenía miedo a acercarme a ella, tal vez porque había algo que ella rechazaba a la vez que con sus ojos me decía que me echaba de menos. Tal vez Jeremías... no sé”.

### ***El recuerdo de Susana.***

*Tenía el pelo sumamente mojado. Pero no quería secarlo antes de tiempo porque, si no, no cogería la forma. Además, se le hincharía más de lo debido, más todavía.*

*Al lado del teléfono, esperando la llamada previamente avisada por, a su vez, otra llamada. Podría ser él quien llamase en aquel momento.*

*“En ese vestido se adivinan demasiadas cosas”, solía decirle cuando se lo ponía. Hacia mayo o junio, ya al final. En la gran sala de dibujo, cuando el profesor desaparecía, y todos aprovechaban para hablar, él se acercaba con esa templanza, erguido. En la parte de atrás de su camiseta había un árbol con muchas ramas, las pintaba él. Y donde las ramas ya no crecían más, como prolongación, su pelo. Justo por la mitad de los hombros. Un pelo castaño, deshilachado, limpio. En sus pantalones, un cinturón atrapado en las trabillas, y la camiseta tapándolo, por fuera. Excepto la hebilla. La hebilla la dejaba descubierta, se metía la camiseta por los pantalones sólo en aquel tramo, como estudiado. Era una hebilla horrible. Entonces, parecía algo mejor. Su eterna chapa plateada con un horror vacui de desafiantes dibujos monstruosos, que la miraban siempre. Para ella, esta era su referencia. “En ese vestido se adivinan demasiadas cosas”, le decía la hebilla al acercarse. Ella trabajaba una postura interesante. Con su material en la mano. Su eterno pegamento Imedio y su algodón Alcalá, siempre lo más barato, siempre.*

*Sonó el teléfono.*

*—Diga —su nombre y su apellido perfectos, perfectamente pronunciados. No era él, ya lo sabía. Era esa voz metálica. Sí, iría al hospital. Pero le parecía absurdo ir a visitar a aquella persona. Iría...*

\*\*\*

*Comprobó que se había dado toda la prisa del mundo, y tuvo que hacer tiempo sentada en la única banqueta de la cocina, con los tacones y el chaquetón puestos. Sintió algo en el estómago y en el pecho, más cerca del pecho que del estómago, cuando se acordó de la canción en el concierto. Él sólo tocaba la guitarra. Nunca se le sentía hacer nada más en el grupo, pero tampoco pasaba inadvertido. Poseía una fuerza secreta que conseguía intrigar a cualquiera sólo callando. A ella le gustaban sus movimientos acompasados con el pie y la cabeza. Eran como si fuese a echar a andar, pero no seguía; volvía. Y así. Y ella no le quitaba ojo a su pie ni a su cabeza, no dejaban de gustarle. Era otra faceta más de él. Cuántas facetas diferentes, pero todas igual de personales. Igual de sobrias. Era elegante metido en sus camisetas grises y negras y su maraña de pelos bien peinada. También su gesto era elegante. Su mirada era conoedora de todo y sumida a la vez en lo suyo, denotando a simple vista lo más desinteresado del mundo.*

*Se pasó al micrófono del cantante, y con sólo esto consiguió que el garito pequeño pero rebosante callase. Y se puso a tocar. Y luego a cantar. Él solo. No advirtió al público sobre lo que cantaba. No era de los que aprovechaban para alardear ni de los que jugaban con la lágrima fácil. No explicó que la canción era suya y que hablaba de una niña que había muerto y que, además, esa niña era su hermana, a la que quería con locura. Ella sí lo sabía, y pudo esconder su emoción cuando escuchó cómo la cantaba allí mismo. Tampoco él se emocionó, supo disimular de maravilla. Si uno no sabía, parecía sin más una buena canción.*

*Se llamaba «Volar» y él decía que quería hacerlo muy lejos, para encontrarla en algún otro lugar, y volar, volar, volar... Estaba tan entero. Ella se emocionó y se refugió en un rincón. Fue cuando había mirado sus pies acompasados, antes, cuando se dio cuenta de que le quería de verdad. Fue cuando le oyó cantar cuando se percató de que le quería demasiado. Fue cuando escurrió una lágrima de sus ojos cuando supo que maduraría en el momento en que le dejase de querer y renunciase a sus ilusiones para siempre. Fue cuando sintió que el corazón se le encogía al darse cuenta de que él ya no podía ser el primero con el que pasaría “ese” rato. Y lo escribió todo en el diario rosa de Hello Kitty que tenían todas las niñas, porque, muy de pequeña, se lo había regalado alguien. Escribió su primera hoja en él. Y no había escrito antes porque, simplemente, no había tenido nada tan importante que contar. Y tampoco podía contárselo a nadie.*

\*\*\*

*Notó que se dormía porque sentía cómo se derretían sus dedos en los zapatos de tacón. Los de color marrón, esos mismos, tenían la puntera especialmente estrecha y le comprimían el pie. Se los quitó y ejercitó los dedos de manera aliviada y lenta. Aún faltaban tres cuartos de hora, y el hospital no estaba lejos. Había calculado mal el tiempo. Probablemente la ansiedad. Como solía pasarle siempre. Como los viernes en que quedaban a las nueve y ella, ya a las siete de la tarde, incluso se había maquillado. Podía pasar horas arreglándose frente a un espejo. Tenía que obtener al final un acabado femenino, tremendamente femenino. Cuando llegaba el verano no soltaba los vestidos. A ser posible de flores, sueltos, cortitos, sedosos, caídos... En invierno era otra cosa. No se deshacía de los pantalones. Jamás llevaba falda: pantalones estrechos, y también acampanados. Cuando aún no era la moda. Solía hacerse una raja en la pernera, en la parte del tobillo, a un lado, y se cosía un triángulo de tela de flores, y otras veces escocesa, otras*

*azul marino. Siempre acababa por hacerse la campana. Aunque eso no se llevase, aunque todos dijeran “qué es eso”. Era su toque diferenciador. No tenía en realidad ninguno tan peculiar como este. Unos la tachaban de mona, otros de estrecha, otros de pija, y otros –los más– de cursi. Pero quedaba en eso, en una tachadura. Por eso sorprendía aún más su relación con él. Eran como el día y la noche, como el agua y el fuego, el sol y la luna, el mar y una ciudad. Algunas, envidiosas, le criticaban diciendo que iba de duro, “pero en el fondo es tan pijo como ella por hacerle caso”. Eso lo decían las guerreras, las rebeldes de mentira, que seguían las modas, y que a él sólo conseguían aburrirle. Las “niñas bien”, algunas, amigas de ella, no entendían ni cómo la miraba. Paco era totalmente inalcanzable.*

*Siempre juntos a la salida de clase, o comiendo, horas y horas perdidos por la ciudad, riendo mientras andaban. Un día se pringaron la cara con helado, y otro se descalzaron y se metieron en las fuentes de Colón, una caminata de la Plaza de Castilla hasta la Ronda de Atocha, uno en que fingieron que ella estaba embarazada, uno tumbados en el Retiro, encestando palomitas en la boca, otro en el parque con un fuerte dolor menstrual y él acariciando su cara, mangando caramelos, corriendo por la ciudad... Imágenes que se agolpaban de esa época, su época. “Éramos sólo dos críos. Dos enanos”, pensó. Estaba segura de que él no iba a aparecer en ese hospital. Su vida habría cambiado tanto que nadie habría conseguido localizarle. Y él tampoco estaría de acuerdo con la razón. Ninguno de ellos había salido jamás –ni casi hablado– con aquel antiguo compañero.*

*No encontró apenas nada. Ni siquiera un susurro de voz que le advirtiese que no estaba en el lugar adecuado, así que salió de la capilla del colegio. Juraría que habían quedado allí. El hospital quedaba a pocas manzanas. Había recorrido el edificio varias veces. El director no aparecía por ninguna parte. A lo mejor, después de tanto hacer tiempo, había llegado tarde y ya se habían marchado. Así que salió del edificio sin éxito y se puso a andar. Casi nadie por la calle, era domingo. Le parecía que ese barrio fuese más suyo que aquel en el que vivía. Había*

*pasado en él más horas que en ninguna otra parte. Llegaba en metro o en autobús a clase, mientras que la mayoría de sus compañeros no tardaban más de cinco minutos andando.*

*—¡Eh, eh, eh! —le paraba una voz desde alguna parte de la calle. ¿Qué...? ¿Quién...?*

*Paco. ¡Paco! Después vino un abrazo. Sabía que encontraría a alguien del barrio o del colegio. Pero Paco... Había pasado a ser un tema aparte. Era un archivo reservado a “un buen día” en el que se plantearía su encuentro con él. Le pensaba a todas horas todavía, sin embargo, sin posibilidad de que volviese a verle. Nunca se había atrevido a alargar el brazo lo suficiente como para llamarle. Se quedó de piedra. Quizás era mejor que fuera así, de sopetón. Nunca está bien programar las cosas.*

*—Menuda universitaria desertora.*

*—¿Yo? —se rio encantada. Era Paco. Su voz, sus formas.*

*—No, yo... Claro. Desentendida del mundo. Quién se marcharía tan lejos como a Londres para estudiar la carrera.*

*—No, Paco —le dijo riendo pero de verdad. Él tenía que saber que seguramente era su culpa. Tenía que saber que estuvo loca por él. Tenía que saber que ella siempre acababa enfadada porque le quería, y quería que él la quisiese, y sabía, o al menos casi seguro sabía, que él la quería. Pero nunca, nunca se lo decía. Nunca, nunca la besaba. Y fue más de una vez la que se encontró con los ojos cerrados y los labios preparados para ser besada. Y él que no lo hizo. ¡Menudos cabreos! Sin poder decir nada, con la boca cerrada por el temor a ser rechazada. Prefería indiscutiblemente la incertidumbre o el sí, pero no podía arriesgarse a escuchar un terrible no.*

*¡Ay, Paco! ¡Qué ganas de ser dura, de ser dura de verdad! Ya era dura, pero a base de llorar por detrás y aguantar... era dura de alquiler, a medias, dura de mentirijillas.*

—Anda, vamos a tomar un café —le propuso Paco tan seguro de sí mismo como siempre, sin esperar un no ni de coña. Y nunca lo había.

Anduvieron. Ella iba pensando en todo lo de antes, en cómo habían acabado las cosas, en lo bueno que era que se hubieran separado. En que, sorprendentemente, no sufría separada de él. Sólo le pensaba con cariño. En que ahora le podía decir no porque si lo hacía, a ella ya le daba igual, porque estaba a kilómetros luz de Paco, porque no buscaba a Paco en los demás, porque Paco era el pasado, porque Paco estaba superadísimo.

—Mira, Paco —de pronto paró en seco su paso y se enfrentó a él. Casi se chocan—. Paco, tengo que decirte muchas cosas. Tengo que hablar contigo ya. Y luego me voy a ir. Es sólo una tontería, una minucia de cuando estábamos en el colegio —hablaba claro y controlaba sus nervios. Estaba emocionada de verse en aquella nueva situación con él, seis años después y con unos tacones de aguja.

—Pero vamos a ir al café de Cerca de la Plaza —Paco señaló con la vista la cafetería que estaba frente a ellos.

—Sí, vale, perdona.

Pidieron en la barra de mármol pegajoso y se sentaron en una mesa de las de sofás enfrentados, el uno enfrente del otro.

—Bueno, qué pasa, Susan —porque así la llamaba Paco— pareces otra. Pero sigues igual... —le sonrió. Ella quería que sus palabras no fuesen lo de antes. Pero es que todo seguía igual, y parecía que no había pasado el tiempo. Tenía otra vez diecisiete, dieciocho años... ¡no! tenía veinticinco años y todo eso pasó hacía mucho.

—Si no es nada. Es... son... era en el colegio... ¿yo te gustaba, Paco? Porque tú me gustabas, me gustabas mucho, no es sólo eso, es que me encantabas, yo te quería muchísimo, y mi madre, ¿te acuerdas?, te quería muchísimo también. Pero no como yo, claro, yo te quería, ya sabes, de esa otra manera, y todo lo que hacías me gustaba. Eras único. Y yo te temía. Tenía miedo de que tú no me quisieras, y por eso me cabreaba tanto, porque nunca me decías nada, y yo lo pasaba

*mal. Pero hubiese estado bien, ¿no crees? Pues eso, con lo bien que nos llevábamos, siempre juntos, y nos queríamos tanto... –lo dijo de golpe y porrazo, sin parar, sin dejar quietas las manos, mirándole a la cara a intervalos, esperando a que él la interrumpiese en algún momento, dijese algo.*

*—¿De verdad?*

*—Sí –espiró, ya sonriendo como si se hubiese quitado un peso desconunal, uf, se había quedado genial. Ni siquiera esperaba respuesta. Ya no le importaba. Se había superado a sí misma, era feliz. Se sentía mayor, felizmente mayor, más mayor que nunca.*

*—Yo también. Estaba igual que tú –increíble. No podía ser.*

*—¿Por qué? –gritó ella.*

*—Pues...*

*—¡No! Quiero decir que por qué no decías nada. Lo sabía –susurró en voz baja.*

*—Pensé que tú lo harías, niña –era el “niña” de siempre. Otro olor a aquel recuerdo en medio de la discusión.*

*—¿Yo? ¿Y por qué iba a hacerlo? –dijo más calmada tras aquel “niña”.*

*—¿Y por qué no? –ella se calló. ¿Era posible aquello? Prefirió pensar con Paco en lugar de hacerlo sola.*

*—¿Y qué piensas ahora, que tiramos una historia cojonuda a la basura por un pequeño problema de “quién hablará antes”?*

*—Lo nuestro fue una historia fenomenal de igual forma.*

*—Nos queríamos... –seguía cayendo en la cuenta.*

*—Claro.*

*—Tú sabías que yo...*

*—Claro. Pero dudaba. Si no decías nada sería por algo.*

—Te creía el más listo de los dos. Y eras tan tonto como todos —él sonrió.

Ella estaba inmersa en el pasado, en la rabia, en un “qué pena” constante. “Ya no se puede volver atrás. Fue muy bonito de todas formas. Sí, pero...”

—Ven aquí, anda —y ahuecó su sitio. Paco pronunciaba palabras de no respuesta de nuevo. Paco ordenaba con dulzura. Ella se pasó a su sofá sonriendo aún por todo, se abrazaron como lo hicieran tantas veces, él la apisonaba de lado—. Y ahora también —le susurró.

—¿Qué? —no se enteraba de lo que quería decir.

—Eso —Paco le cogió la cara, la miró a los ojos y le besó la boca fuerte, de sopetón, firme pero suave, como un abrazo que protege, igual era su beso. Era tal como lo había soñado siempre, pero diferente. Sus labios eran como se veían, igual de suaves.

Imposible, increíble, ese beso estaba fuera de contexto, ¿qué hacía hoy allí ese beso? Ella tenía que estar en un hospital, visitando a un antiguo compañero convaleciente de una operación de cáncer al que, los médicos habían pensado, le vendrían muy bien las visitas de viejos compañeros de la escuela. Llevaba años luchando contra aquella enfermedad y apenas había hecho vida social desde que salió del colegio. Ni ella ni Paco se habían acercado nunca a él porque era uno de esos chicos injustamente apartados pues, en concreto él, Abraham Ruiz, no se afeitaba debidamente el púber bigote ni iba vestido parecido a los demás.

¿No era el beso de hace años? ¿Empezar ahora con todo esto? ¿Estaba, de un golpetazo, sintiendo todo lo que sintió en otro tiempo, recuperó en un segundo su pasado con él, sus sentimientos enterrados?

—Yo paso de... esto no es —intentó apartarle de su lado.

—Porfa, porfa, porfa, Susan. Va a ser guay, en serio, siempre nos hemos querido tú y yo. No puede ser lo de estar separados. Sabías que

*lo nuestro tenía que encontrar su final algún día. De la forma que fuese. No teníamos fin de la historia –ponía su olvidada voz de tonto, la hacía reír. Ella recordó esto: que Paco no era todo sobriedad. Eso le hacía desearle. Paco era ñoño, era ridículo, era divertido. Y ponía voz de tonto, de ruso, de niña, indiferentemente cuando estaba con ella. Era la confianza. Su kilometraje juntos. Tenían más que superadas las formas entre ellos. Eran bobos unidos. Y se acordó de que nunca había conseguido ser tan boba con ningún otro. De ridículas, de tan dispares maneras, sólo la había visto Paco. Estaba muy bien aquello. La trastornaba, partía sus teorías por la mitad, sus planes, su futuro, lo partía todo en dos, mas quizás así debía ser.*

*—Vine a ver a Abraham.*

*—¿Lincoln? –y le regalaba ya una mirada de eterno amante, de loco enamorado.*

*—No, Abraham Ruiz.*

*—Lo sé. También a mí me llamaron. Se merece todas las visitas del mundo. Aguantó mucho entonces. Y después.*

*Susana quiso decirle te quiero en ese momento, y, aunque había comprobado que no estaba bien callar, lo guardó para más tarde. Ahora le besaría unos minutos más y comenzarían una nueva historia juntos; era nueva porque aunque lo esencial seguía ahí, no eran ya las mismas personas que, en el colegio de los marianistas, hacía más de seis años, se habían adorado.*